

ABRAHAM REYES

TESTIMONIO

Nací el 15 de marzo de 1915. Vengo de una región del país, Los Dos Caminos, entre Falcón y Lara, puro cardón y tuna. Me crié en Santa Cruz de Bucaral, un pueblito muy pobre. Ahí no había escuela, ni iglesia, no había nada. Había un maestro que daba escuelita, pero tomaba mucho aguardiente. Ahí me inicié yo. La gente era muy pobrecita y vivía de la agricultura. Tenía su conuco donde sembraba y tenía sus animalitos en la casa con los que se iba remediando.

Yo crecí pues, como campesino, y a mucha honra, porque el campesino tiene grandes valores. Allí, en mi pueblo, cuando alguien mataba una res o un cochino, enviaba una parte a los vecinos. Y si había que levantar una casa, ayudaban todos. Yo sembraba, enlazaba ganado, montaba a caballo. Era un muchacho fuerte, muy fuerte, y como a la edad de nueve años era ya un hombrecito porque papá murió y tuve que ayudar a mi mamá.

Éramos ocho hermanos y algunos se marcharon y los otros se fueron muriendo. Entonces, mamá dijo:

- *Bueno, mijo, aquí hemos enterrado a todos. Vámonos. Vamos a visitar a los familiares por allí.* Entonces yo con ella recorrimos todo visitando la familia. Yo andaba con mi mamá pa'riba y pa'bajo, como un perrito faldero. Yo era muy obediente. Entonces fue cuando me reclutaron. Primero serví en el cuartel Jacinto Lara de Barquisimeto. Después me trajeron a Caracas, al cuartel San Carlos. Por todo, estuve sirviendo en el ejército catorce años. Eso era cuando el General Gómez, el país tenía cinco millones de habitantes y todo era un atraso, no había escuelas ni hospitales, no se podía hablar contra el Gobierno no, a uno lo planeaban por cualquier cosa. En esa época, casi todos éramos analfabetas, apenas sabíamos medio leer y hacer unos borroncitos por allí. La persona instruida era un privilegio. Después de la muerte de Gómez, cuando vino a mandar López Contreras, nos empezaron a dar unas clases a la una de la tarde en el cuartel San Carlos.

YO DE RELIGIÓN SABÍA MUY POCO

Los domingos, el maestro Pedro Elías Gutiérrez nos llevaba a misa a la Iglesia de las Mercedes que quedaba cerca. Íbamos a tambor batiente. Oíamos la misa y salíamos como antes porque era en latín y no entendíamos nada. Cuando levantaba el cura una cosita blanca, nos hacían una señal y nos hincábamos todos de rodillas. Yo entonces de religión sabía muy poco. Uno nace, lo bautizan y más nada, por pura tradición.

Yo oía hablar de Dios en Semana Santa, pero en donde yo vivía había una gran devoción a la Virgen de Chiquinquirá, que tenía su santuario en Areque. La Virgen es como un refugio, como una madre.

Un día, me estaba muriendo porque equivocadamente me inyectaron una ampollita muscular dentro de la vena. Yo ya me moría, estuve nueve meses recluido en el hospital, y yo le pedía a la Virgen que me diera la salud. Un día soñé, y en el sueño vi a la Virgen en un cardonal que se acercaba a mí con una taza como de caldo y decía: “*Voy a darle a Abrahán esta taza que lleva nueve meses que no come*”. Desperté del sueño y me sentí muy alentado. Todo el mundo se quedó maravillado.

Fue entonces cuando comencé a hacer una casa y cuando la hacía, me acordé de la Virgen y se la ofrecí a la Virgen de Chiquinquirá y recé un padrenuestro que era lo único que yo sabía rezar entonces para que aceptara la casa.

Cuando salí del servicio militar, trabajé de ayudante de una camioneta y en el Aseo Urbano. Salíamos de San Agustín como a las once de la noche y llegábamos amaneciendo al Silencio para ganar nueve bolívares diarios. Entonces, me saqué una muchacha de Barlovento, huérfana de padre y madre, no sabía ni leer ni escribir, pero era una santa mujer, era muy religiosa y muy buena. El P. Barnola me empezó a catequizar y me decía que me casara, que formara un hogar con la bendición de Dios. Me casé. Esa mujer fue una bendición para mí. Ella me ayudó a hacer la casa. Cargaba el agua para la mezcla desde la Planicie con una lata en la cabeza y hacía barro y me ayudaba a pegar los adobes. Era muy humilde, ella ha sido una mujer que nunca se ha quejado, ella me ayudó con su humildad.

APARECIERON POR EL BARRIO LOS ESTUDIANTES

Entonces aparecieron por el barrio los estudiantes universitarios, muchachas y muchachos, con el P. Vélaz. Ese barrio estaba donde hoy queda el 23 de Enero y sólo se llegaba a pie. Era puro cerro, no había nada. Visitaban casita por casita y hablaban con la gente y les preguntaban de sus problemas. La gente se sentía estimulada de que unos jóvenes y un sacerdote jovencito los visitaran en un barrio tan abandonado, donde no había ningún servicio, no había nada. Y la gente le dijeron:

- Mire, Padre, nosotros aquí tenemos muchísimos problemas; problemas con el agua, con la luz, no los podemos enumerar, pero el problema más grave que aquí tenemos es que por todo esto no hay escuela y los muchachos no tienen donde estudiar.

Entonces, yo le dije al P. Vélaz :

-Mire, Padre, yo tengo aquí un rancho muy grande que construí con mi mujer. Está a la orden. Si quiere verlo...

Entonces, vino, entró y vio aquellos salones grandes. Yo le dije:

-Esto es suyo, esta casa es suya.

Y dijo muy contento el P. Vélaz:

-Pues claro, aquí está, aquí está la escuela.

Y cuando el Padre aceptó mi casa, yo comprendí que era la Virgen quien la estaba aceptando. Entonces sentí una gran alegría de poder colaborar con las cosas de Dios, con el servicio.

Los muchachos se animaron mucho con el proyecto de empezar la escuelita en esa casa que yo había cedido con todo el cariño del mundo. Para mí fue una alegría muy grande poder participar con esa obra tan buena que querían hacer por los barrios.

Todas las familias del barrio estaban muy de acuerdo con la escuela, se pusieron a la orden, abrieron sus casas, sus corazones. Estaban muy contentos, estaban muy entusiasmados del proyecto de la escuela. Esos muchachos que venían con el P. Vélaz eran casi el único contacto con el mundo. Entonces no teníamos nadie radio. Éramos muy pobrecitos. La idea de la escuela dio un sentido a sus vidas, una inyección de optimismo, de ganas de vivir, de trabajar, de ver que a sus hijos esa educación les abriría las puertas del futuro. Eso los animó mucho, vieron una gran esperanza.

Entonces las muchachas y muchachos empezaron a reunir a los muchachitos de todas las edades. Les cantaron unas canciones y les dijeron que ahí se iba a hacer una escuela. Eso fue un entusiasmo muy grande.

Los estudiantes y el Padre consiguieron tres maestras y comenzaron las clases. Cada uno traía una sillita, un banquito. Después consiguieron unos bancos hechos de unos cajones. Aquello fue tan hermoso... fue como una bendición de Dios. Las familias se acercaban, estaban contentas porque ya sus hijos iban a estudiar.

Así empezó la escuelita. Además de clases, daban también catecismo, repartían caramelos, bolsas de comidas y se daban ellos, se daban con el cariño, con el afecto. Por eso, el nombre está bien puesto: alegría de recibir, alegría de dar, alegría de darse; ellos se dieron por su fe, dieron su tiempo, dieron sus sábados, dieron su trabajo... Y cuando se hace el bien, uno se estimula, y yo creo que esa es la gran alegría.

Yo no sólo entregué la casa, sino que me entregué yo mismo, me entregué a colaborar y a recibir catecismo. Yo iba los sábados a las clases de catecismo y recibía mucho, aprendí a rezar, a conocer a Dios. Cuando prepararon una Primera Comuni3n para los niños, yo me colé, y así fue como la hice ya de adulto, de colado. Después vinieron los bautizos, matrimonios de los que vivían en concubinato, toda una obra de santificación del barrio.

LA FE: UNA BÚSQUEDA DE DIOS

Yo, desde entonces, me siento muy feliz. Yo creo que cuando el hombre se da, es mucho más que dar millones, cosas materiales. Ese corazón ya nunca podrá estar amargado, aun en medio de las penas y las adversidades. Ese corazón está lleno de Dios. A los hombres les hace falta el espíritu de entrega. Uno recibe más cuando da, cuando entrega su vida, que cuando sólo piensa en instalarse. El que sólo se preocupa por amontonar cosas, es un hombre por dentro infeliz, está lleno de cadenas. Yo empecé mi verdadera formación cristiana como oyente en el catecismo de Fe y Alegría. Después seguí con retiros espirituales. La fe es una búsqueda continua de Dios que sólo termina con la muerte. Me invitaron al diaconado permanente y dije que sí. Allí recibí una gran formación que siguió alimentando mi fe. Yo soy ahora diácono. Como diácono, me fui al barrio Plan de Manzano a dar catecismo, a evangelizar. Me fui con un equipo. El hombre en las cosas de Dios, como en las cosas humanas, debe trabajar en equipo. Una empresa de un solo hombre, cuando falla el hombre, la empresa muere. No hay que ser individualista, sino trabajar siempre con sentido de equipo. Trabajar sobre todo con las gentes humildes, fundiéndose con ellos. Los pobres responden cuando no se les engaña, cuando no se les utiliza. Y responden con el corazón, con la vida. Para Dios, las cosas pequeñas son las más grandes. Trabajando por los demás uno vive desapercibido para el mundo, pero no para Dios.

EL PADRE VÉLAZ

Yo veía al Padre Vélaz como un hombre lleno de bondad. Yo diría que el Padre Vélaz era un hombre que por donde quiera que pasaba iba sembrando bondad, el bien de ayudar al hombre marginado, al hombre que nadie toma en cuenta.

El escuchaba a la gente, les miraba a la cara y los dejaba que hablaran, y con sola la presencia de él, la gente se sentía alguien. Su presencia transmitía esperanza, nos hacía ver que valíamos, que no éramos basura, que no éramos una cosa botada por allí, sin valor.

Nos sentimos valorados, nos sentimos seres humanos, nosotros éramos seres humanos y el Padre Vélaz nos lo hizo sentir. Nos hizo ver que con estímulo y ayuda podíamos progresar, levantarnos de la miseria, empezar una obra que hoy es una cosa muy grande.

El Padre Vélaz iba siempre a la familia. Nos decía que cambiáramos de vida, que dejáramos el aguardiente, los vicios, que respetáramos nuestras señoras, que el hombre debía tener sólo una mujer, que ahí es donde se realiza el hombre, no regando hijos por ahí. Y nos decía que los verdaderos amigos se experimentan en la ayuda, cuando uno está postrado en la cama de un hospital o no tiene que comer. Que de bien poco sirven esos amigos de fiesta, de palitos de aguardiente, donde uno bota los reales y luego no alcanzan para la comida de los muchachos, para acomodar la casa, para atender a la mujer. Nos decía que el mejor tesoro era la familia, que debíamos cuidar mucho ese tesoro. Decía que debíamos trabajar y luchar por superar a la familia, que no fuéramos despilfarradores del dinero, que guardáramos siempre una partecita de lo que ganábamos. También nos decía que la educación era una gran riqueza.

Todo esto nos lo decía de una manera suave, sencilla. El se ponía a la altura de nosotros, uno no le veía tan grande, sino que parecía que era uno de nosotros. El se ponía bajito, como nosotros; él se ponía como un amigo. El era un padre siempre orientándonos hacia el futuro, sin importar el pasado de cada uno.

FE Y ALEGRÍA, OBRA DE LA VIRGEN

Yo siento a Fe y Alegría como una obra de la virgen. Yo le ofrecí el rancho que había hecho y ella lo aceptó. Yo rezo el rosario, los quince misterios, todos los días, y cada día pido por Fe y Alegría. Yo le digo: “Virgen Santísima, alégrate porque esa es tu obra”. Y cada día le doy gracias porque pude poner mi granito de arena y le pido que sea siempre el mismo, que nunca me sienta orgulloso, que sea sencillo, humilde, como ella lo fue.

Yo amo a la gente sencilla, yo amo a la gente del campo, yo amo a la gente analfabeta, yo amo al oprimido, y le pido a la Virgen que me haga uno de ellos, que sea pequeñito, que sea como una basurita, que sea como el que no vale nada. Que nunca me considere como algo grande porque yo no soy digno. Fe y Alegría es obra de todos: yo lo que hice fue poner mi granito de arena, como otras muchas personas lo están poniendo.

Quien realmente fue un fundador fue el Padre Vélaz, que derramó los sesos viendo cómo iba a hacer para ayudar a todas esas gentes tan pobres de los barrios. Mi mayor deseo antes de morir sería hincarme de rodillas ante la tumba del Padre, rezar una oración, hablar con él y decirle que no nos olvide, que su obra es como un álamo muy grande que se ha extendido por América.

Yo aquí, en el hospital, he ofrecido muchas oraciones, he ofrecido todos los sufrimientos, todos los dolores que he padecido, la soledad, a la Virgen. Los he ofrecido por Fe y Alegría.

Yo hice hace ya tiempo una especie de contrato con la Virgen, porque yo trato a la Virgen como a mi madre. Yo le dije: “Mira, yo voy a trabajar duro en la Legión de María y tú en Fe y Alegría”. Por supuesto, Fe y Alegría salió ganando.

(Pérez Esclarín, Antonio. *Raíces de Fe y Alegría. Testimonios*, Fe y Alegría, Caracas 1999, pp. 7-12).